

Amor Carrusel - Patricio G. Bazán

Patricio G. Bazán

Image not found.

Capítulo 1

Amor Carrusel - Patricio G. Bazán

Suelo trabajar en la cocina porque es el ambiente más tranquilo de la casa, donde tengo a mano todo lo que un solitario redactor necesita: café, bizcochos y espacio para fumar sin que a nadie incomode. Y como el resto de la familia duerme arriba, además puedo escuchar mi vieja radio portátil sin riesgo de despertarlos.

En líneas generales, no me llevo bien con la nostalgia, pero a causa del hábito de escuchar radio mientras escribo, diariamente sintonizo una FM que emite viejos éxitos de los ochenta. Esta noche parecían estar algo descuidados, ya que pasaron la misma canción por quinta vez: "Amor Carrusel", de la casi olvidada banda de música pop "Dalia y Los Pedúnculos".

Llamé, un poco en broma, para avisarles del error, pero negaron haberla pasado aún. Cuando repitieron la misma tonada (que, a esta altura, ya comenzaba a odiar), volví a reclamar. Curiosamente, no recordaban haber hablado antes conmigo.

"Las cosas se repiten una y otra vez / Nuestro amor es un carrusel". Ahí va, una vez más la empalagosa voz de Dalia, lamentándose de las situaciones de la vida que entran en un bucle de reiteraciones incontrolables... Bueno, después de padecerla siete veces seguidas, yo me lamentaba junto a ella.

¿Que podía apagar la radio? ¡Claro que sí! Pero, honestamente, ¿cuántas oportunidades tiene un tipo sencillo y rutinario como yo de presenciar un evento tan extraordinario? Anhelaba descubrir cómo terminaría la equivocación más vergonzosa de toda la historia de la radiofonía.

Aparté el artículo que debía terminar —una nueva variación del tema de siempre, el apocalipsis nuclear como resultado de la crisis entre EE.UU y Rusia—, tomé una hoja en blanco y comencé a jugar con las hipótesis que surcaban mi horizonte mental como misiles transcontinentales.

A) La emisora sufría algún percance técnico. Pero, en ese caso, ¿por qué negarlo? Una simple grabación anunciando desperfectos temporales hubiese bastado para disculpar tanta desprolijidad radial. Inaceptable.

B) La estación había sido tomada por un comando terrorista: eso explicaría las mentiras telefónicas y la repetición de la última canción que seguía sonando sin que el operador pudiera cambiarla. Pero no habían lanzado ninguna proclama (a menos que la cancioncita fuera su himno

revolucionario). Ilógico, pero no imposible.

C) Sigilo. Siguiendo la idea anterior, la emisora estaba tapando algo más grande que un secuestro, y estaban haciendo tiempo hasta tener noticias. Probable...

Estaba por buscar otra radio cuando una serie de golpes en la ventana de la cocina reclamaron mi atención. Uno tras otro, los pájaros de la vecindad se estaban estrellando contra el vidrio, atraídos fatalmente por la luz de la cocina. Me quedé parado sin saber qué hacer, hasta que, movido por una urgencia interior, me abalancé sobre la llave de la luz.

En ese preciso instante, la radio comenzó a horadar el aire con un chirrido insoportable.

"¡Ahí está la falla técnica!", pensé mientras giraba frenéticamente el dial de la radio. Esa ausencia de ruido me permitió escuchar otro fenómeno que había pasado desapercibido: ladridos. Sonaba como si estuvieran metiendo a un millón de perros dentro de una picadora de carne. ¿Qué pasaba esta noche? Para no atravesar toda la casa, volví a la ventana con la radio aún en la mano: los pájaros habían dejado el cristal en un estado penoso y no podía distinguir demasiado de lo que ocurría en el jardín del fondo.

Volví a intentar captar otra emisora con los aullidos de fondo: estática y voces entrecortadas.

—...omunicaciones interrumpidas entr... ZZZRRRCHH... efugios ante la SHHHHminente conflagrSHHHHHRRRÑÑÑ... Se ruega a la poblacSSHRRRYUuclear...

Se había estropeado la vieja Spica. Caminé hasta el living en busca del equipo grande de audio, pero al parecer no teníamos electricidad. Volví derrotado a la cocina en busca de velas, tan ciego como los pájaros estrellados.

Un resplandor lejano, malignamente verdoso y punzante, se habría pasado en el horizonte, como una gigantesca marea de luz amenazadora que sustraía la mirada. Maldije, porque se me resbaló de la mano el paquete de velas que había encontrado en el último cajón del mueble, y además no recordaba dónde había dejado mi encendedor.

Así estaba yo en cuatro patas, como uno de esos perros que ya no ladraban, tanteando el paradero de las velas, cuando un súbito fulgor iluminó el suelo de la cocina. ¡Allí estaban! Junto al cubo plástico de la basura. Las agarré con un manotón de ahogado, sin pensar en otra cosa. Aún hincado en esa poco elegante postura, escuché el sonido de vidrios rotos: "un pájaro más grande rompió la ventana", se me ocurrió, y estuve

a punto de alzarme como un rayo cuando el nervio ciático me obsequió con uno de esos tirones dolorosos que te dejan hablando en arameo. Podía haber entrado un huracán, que yo sólo tenía consciencia para sufrir por un puñal clavado en las carnes. Tendría que hacerle caso a mi mujer y visitar a un traumatólogo. Odiaba tener que darle la razón.

Cuando al fin pude reincorporarme, comprobé que, efectivamente, había entrado a la cocina algo muy parecido a un huracán. Todo lo que conocía, ya no estaba en su lugar. Ni siquiera el cielorraso: un cielo alborotado de colores caprichosos me miraba ceñudo, como si yo tuviera la culpa de lo ocurrido. El resto de la casa se había ido mientras yo sufría en el piso como un perro apaleado.

Minutos u horas después, un sonido bajo y chirriante me sacó del estupor. No eran sirenas, aunque podía suponerlas dentro de poco. Apartando unos escombros con el pie, encontré la fuente: mi vieja radio a pilas, fuerte y bien fabricada, capaz de sobrevivir a un ataque nuclear. A punto estuve de agacharme a levantarla, pero recordé el ataque lumbar. Mejor dejarla donde estaba.

Sin saber qué hacer a partir de ahí, y con el fondo de los acordes del himno antifonal "Amor Carrusel", caminé lentamente hacia el sitio donde alguna vez estuvo la puerta de entrada de mi casa con una vela apagada en la mano, susurrando como un salmo su pegadizo estribillo:

—"...Las cosas se repiten una y otra vez / Estamos montados en un carrusel..."